

gar; ni los regalados arpegios del Ruiseñor, como decía Castelar, contó al fin, en el rincón favorito de su tabuco, con las cuerdas rotas de una lira coronada de flores, según el bello apotegma de Carlos Hugo; pero donde falta el cariño salvador de los padres y los padres mismos, la providencia extiende su radioso nimbo, y en vez del oscuro manto del ostracismo, nos presenta un cielo cuajado de estrellas.

No podía dirigir una mirada amorosa, quien jamás había sorprendido un idilio de amor. allá en los apartados refugios de la casa, ni había oído nunca un duo eterno de felicidad y venturanza.

No podría ser creyente, quien no había contado nunca con la piadosa enseñanza de una sencilla oración á orillas de la cuna, que repercutiera en su corazón grande y generoso, nó, no podía ser más que la dorada mariposa encerrada en su capullo de seda.

Con verdadero interés se han buscado siempre los detalles importantes relativos á la vida de los grandes hombres, porque es natural que todas las circunstancias que se relacionan con sus trabajos y empresas más ó menos felices, formen parte de su gloria póstuma. Así, pues, se desarrolla, y es preciso que así sea, una especie de culto que la posteridad consagra al genio, como resultado de un sentimiento entusiasta y curioso á la par y que aumenta á proporción que el tiempo transcurre, sin que el hado ofusque la brillante aureola de su fama. ¡Cuán grande es sentarse cerca de la cuna de aquellos ilustres perseguidores y mantenedores de la verdad y de los principios indestructibles de la ciencia, los únicos perdu-